PASO DEL MAR ROJO.

El pueblo de Jacob salido habia
De Ramasés con el placer mas vivo,
Viéndose lejos del monarca altivo
Y viendo rota su cadena impía.

Los viejos besan á sus hijos tiernos,
Estos abrazan á sus buenos padres,
Las doncellas les dicen á sus madres:
"Por fin ya libres conseguimos vernos."

Rodaba el cielo cóncavo, y rodaba
El magnífico sol para el Poniente,
Quemaba el soplo de huracan vehemente,
Cual si fuera vapor de roja lava.

Estaba el pueblo ya sobre el mar Rojo
Cuando volvió los ojos al desierto,
Y viendo á los egipcios quedó yerto
Y víctima creyóse de su enojo.

Del ejército grande el polvo miran,
Que en remolinos por el aire sube,
Y al ver que viene la anchurosa nube
Tiemblan las tribus y en desórden giran.

Ya se oye la confusa gritería
Del enemigo que veloz se acerca.
¡Ay! ¡que los carros ya se ven de cerca,
Y de cerca se ve la infantería!

Ya se oye el galopar de los corceles
Que avanzan con ardor, y los bufidos
De las yeguas de Arabia, y los mugidos
Del Dios Apis ceñido de laureles.

¿Quién es aquel de reluciente cota,
De ropaje magnífico de grana,
De armas brillantes, juventud lozana,
Casco bruñido, y blanca la garzota?

Negros caballos con la crin flotante,
Grandes, soberbios, de ademan bizarro
Tiran gloriosos su dorado carro
Y van á toda rienda por delante.

Es el monarca: escolta polvorosa
En ruidoso tropel lo va siguiendo:
De los caballos y armas al estruendo
De vanagloria el bárbaro rebosa.

¡Congoja amarga, amargo desconcierto
Para el pueblo que mira allí su tumba!
Delante de sus piés el mar retumba,
A la izquierda y derecha está el desierto.—

"¡Caudillo de las tribus! las edades
"Gemirán al recuerdo de este dia.
"¡Sepulcros en Heliópolis no habia?
"¿Por qué morir en vastas soledades?"

"Mejor nos fuera, orillas del gran río
"Alzar palacios, y cavar canales,
"Que perecer en estos arenales
"Entre las manos del egipcio impío."—

"¡Hijos del padre Abran! valor y esfuerzo,
Dijo Moisés; la mano omnipotente
Hará desparecer toda esa gente,
Como las hojas que arrebata el cierzo."—

Dijo, y el ángel que en su nube envuelto
Caminaba del pueblo á la vanguardia,
De un paso colocóse á retaguardia
Con sable en mano y ademan resuelto.

Moisés la vara sobre el mar levanta
Y se abre el mar con formidable estruendo:
El abismo descúbrese tremendo
Jamas hollado por humana planta.

¿Quién es el fuerte que rompió las ondas
Y por medio del agua abrió camino?
¿Quién la suspende con poder divino
Dejando enjutas las arenas hondas?

¿Quién sino aquel Señor que en sus enojos
Al relámpago llama, y obedece,
Que enciende el rayo cuando le parece,
Que apaga el sol al brillo de sus ojos?

¿Quién sino aquel que en el inmenso cielo
Hace rodar sus infinitos mundos,
A quienes ni los sabios mas profundos
Pueden seguir en su incansable vuelo?

El terrible Moisés baja el primero
Con firme paso al tenebroso abismo,
Síguele Aron con ínclito heroismo
Y el pueblo marcha por aquel sendero.

Las gentes silenciosas, entretanto
En las profundidades solitarias,
Hacen al cielo tímidas plegarias
Lloroso el rostro, y pálido de espanto.

"Volad, el rey gritó, los fugitivos
Caigan al golpe del terrible acero,
Y los que escapen del rigor primero
Vuelvan á Tánis otra vez cautivos."

Dijo, y su tropa en órden de batalla
Entra en el mar que encadenado ruge:
El armamento en las tinieblas cruge:
Calla el infante, y el ginete calla.

Huye, hijo de Jacob, que ya insolente
El Faraon cual tempestad avanza
Al fondo del abismo, y ya te alcanza
Entre espantosa multitud de gente.

El ángel que escuchó no muy distante
El ruido de los carros y corceles,
Volvió la cara, y viendo á los infieles
Con rostro airado se paró delante.

Al trueno de su voz tiembla la tierra,
Y en lluvias el nublado se desata,
Como el agua de inmensa catarata
Que se despeña de fragosa sierra.

En esta noche lóbrega y tremenda
Los cárdenos relámpagos relumbran,
Ruedan los rayos que la mar alumbran
Y brama el viento en la funesta senda.

¡Ay, que el monarca desmayarse siente!
Y sus caballos despreciando el freno,
Arrancan espantados con el trueno,
Y estrellan la carroza reluciente.

¡Cuánta desolacion en los soldados!
¡Y qué terror! Legiones con legiones,
Carros con carros chocan, y bridones
Con bridones se mezclan asustados.

Firme Moisés alzó la fuerte mano
Sobre el pesado mar, y el mar revienta
Y se desploma como gran tormenta
Encima de las tropas del tirano.

Las olas en ruidosos remolinos
Envuelven al caballo y caballero,
Y al que tira la flecha, y al hondero,
Y al rey con sacerdotes y adivinos.

Echan fuera las aguas entre espumas
Las espadas, las picas, los escudos,
Los fuertes cuerpos de guerreros mudos
Y sus morriones de flotantes plumas.

Tambien tú, ¡oh rey! cubierto con tu malla
Tendido estás, helado y sin aliento,
Espuesto al agua, y al calor, y al viento,
Junto con tus caballos de batalla.

¿En dónde están tus bravos escuadrones
Y tu hirviente y atroz infantería?
Duermen el sueño de la muerte umbría
Al lado de sus lanzas y pendones.

Cuando pasen los árabes salvajes
Detrás de sus pacientes dromedarios,
Aquí hollarán tus huesos solitarios
Y hollarán tus espléndidos plumajes.

EL MONTE SINAI.

El sensible Jehová, que compasivo
Mostró en Belen un corazon tan blando,
Y en el lóbrego huerto suspirando,
Por los hombres oró bajo el olivo:

Aquel Señor que de una cruz pendiente
De dolor agoniza y de congoja,
Que con sangre y sudor el monte moja,
Y muere como víctima inocente:

Para dar en las vastas soledades
Sus leyes á Judá, bajó tremendo,
Volando entre tiniebla y fuego horrendo,
Como vuelan las negras tempestades.

Al pasar el Señor, quedaron mudas
Las olas del Mar Rojo, y la ballena
Huyendo baja á la profunda arena,
Para esconderse entre las peñas rudas.

Los ojos de Jehová relampaguean
Tremendamente, y su carroza ardiendo,
De lo alto se despeña con estruendo,
Y sus ejes y ruedas centellean.

Le acompañan las nubes tenebrosas,
Bramando le precede el torbellino,
Y girando en inmenso remolino,
Le siguen las tormentas estruendosas.

Llega al monte, y el monte se deprime,
Y su ancho fundamento se estremece,
Una sombra terrible lo oscurece....
Sigue un momento de estupor sublime.

Mas súbito el relámpago relumbra
Mil veces y otras mil: la llama viva
Brilla del Sínai en la cumbre altiva,
Y entrambos mares y el desierto alumbra.

Uno tras otro el trueno se sucede,
Uno tras otro lo repite el eco,
Tiembla el Oreb al estallido seco,
Tiembla espantado el pueblo, y retrocede.

Ruedan los rayos por la falda en torno
Y de alto abajo los abetos hienden,
Los orgullosos árboles se encienden,
Y queda el monte convertido en horno.

Habló el Señor, y aquella voz severa
Resuena como el mar alborotado:
Díctale leyes á su pueblo amado.
¡Pueblo feliz, si á su Señor temiera!

"Ama, le dice, al Hacedor inmenso,
Y dobla en su presencia la rodilla,
Sírvele fiel con voluntad sencilla,
Y en el altar le ofrecerás incienso."

"No adores á los dioses impotentes
Que la mano labró del estatuario,
Pues el sagrado olor del incensario
Me lo deben á mí todas las gentes."

"No jures por Jehová, ni por sus leyes,
Ni por la tierra ó por la mar undosa:
En dulce calma el sábado reposa
Con tus hijos, tus siervos y tus bueyes."

"Honra á tus padres con piedad sagrada,
Y llegarás á respetable anciano;
Jamas oprimas á tu pobre hermano,
Nunca en su sangre teñirás la espada."

"Jamas profanes tu inocente lecho
En los brazos de lúbrica molicie,
Ni el oro ajeno alguna vez codicie
Ese tu noble y generoso pecho."

"Cándida la verdad pose en tu labio
Como en el lirio azul la mariposa:
No tiendas redes á la ajena esposa,
¡Ay del autor de semejante agravio!"

Dijo, y la tempestad sigue entretanto,
Y agita ronco el aquilon las nubes:
Con sus alas se cubren los querubes
A cada trueno, pálidos de espanto.

El abrasado Sínai parecia
Altísima pirámide de lumbre:
Negros celajes vagan por su cumbre
Como las olas de la mar sombría.

Asustada retírase la gente
Del monte oscuro que terrible humea;
Solo Moisés, mientras la llama ondea,
Con el Señor conversa frente á frente.

EL SACERDOTE ARON.

A mi amigo el Sr. D. José M. Roa Bárcena.

SONETO.

Contra Aron y Moisés gran vocería
En el vasto desierto alza la gente,
Y al ángel da Jehová su fuego ardiente
Y con terribles órdenes le envia.

Coge entonces Aron, como solia,
Vestidura y diadema reluciente,
Incensario y perfumes, y doliente
Avanza al campamento que ya ardia.

Se pone entre los vivos y los muertos,
Un gran gemido da, y otro gemido,
A Dios suplica y el incienso quema.

Y quedan de terror los brazos yertos
Del ángel inmortal cuando esculpido
Ve el nombre del Señor en la diadema.

LA MUERTE DE MOISÉS.

SONETO.

Sube Moisés á la callada altura
Del monte Nebo á terminar su vida,
Y antes mirar la tierra prometida,
Mas sin poder bajar á su llanura.

Se pone á contemplar con amargura
La vega del Jordan, vega florida,
Y á Jericó frondosa que convida
Con sus fuentes y rosas y verdura.

Mira de lejos los inmensos mares,
De Genesar el agua cristalina,
Y bosques de manzanos y olivares.

Y al sentir que su muerte se avecina,
Da la última mirada á los palmares,
Y al espirar, en su ángel se reclina.

LA PITONISA DE ENDOR.

Atrincherado se halla el filisteo
De Esdrelon en la espléndida llanura:
De un lado está el Gelboé con sus horrores,
Del otro está el Tabor con su verdura,
Y el Carmelo á lo lejos con sus flores.

Se agitaban los bárbaros infantes
Levantando confusa gritería,
Como suele mugir la mar sombría
Cuando azota sus playas resonantes.
De Acaron los intrépidos ginetes
Marchan armados de robustas mazas,
Defendidos con sólidas corazas,
Y azul plumaje flota en sus almetes.
Delante de los bravos filisteos
Que ostentan sus escudos y sus lanzas,
Plantan su campamento los hebreos
Sin aliento marcial, sin esperanzas.
De su propio caballo á los relinchos
Se estremece el soldado, y se estremece
Tambien al ruido de sus propios pasos,
Y al blando viento que las yerbas mece;
Y llenos de pavor los capitanes
Y clavando en la tierra sus miradas,

Se olvidan de sus cintas y sus cotas,
Descuidan sus magníficas garzotas,
Y arrastran lentamente sus espadas.
Allí estabas tambien, criatura bella,
Príncipe Jonatás, jóven gallardo,
Más amable que cándida doncella,
Y mas ágil y fuerte que leopardo.
Pero tu corazon en este dia
Está lleno de luto y de tristeza,
Y el gran morrion te oprime la cabeza,
Que ligero otra vez te parecia.
Tu volador caballo de alta frente
Ya no se alegra cuando estás delante,
Y al mirar abatido tu semblante,
Se olvida de la yerba y de la fuente.

En aquella vastísima llanura,
De la Cruz el ejército latino
Encontró deshonor y sepultura
Delante del terrible Saladino.
De Francia allí las águilas triunfantes
Vieron á Bonaparte y sus legiones
Humillar á los turcos batallones,
Y hollar sus medias lunas y turbantes.

El rey hebreo, devorada el alma
De una negra y mortal melancolía,
No puede un rato conseguir de calma
Ni en la tranquila noche ni en el dia.
Del Señor el oráculo consulta
Temblando por la próxima batalla,
Pero el cielo indignado se ensordece,

Y el sacerdote y el profeta calla.
Entonces el monarca allá en su tienda
Iba y tornaba taciturno á solas,
Y su cara agitábase tremenda
Y en ella se pintaba su despecho:
Un grito dió, se puso la celada,
Dos veces empuñó su grande espada,
Y otras dos veces la arrojó en el lecho.

En el silencio de la noche oscura
Reposan con el sueño los mortales,
Duerme la ágil culebra en sus zarzales,
Y el tigre altivo en su mansion segura:
El viento calla, y calla la marea
Del trasparente mar de Galilea;
Mas no reposa el rey, y en su amargura
Montó á caballo al fin con dos guerreros,
Y marchaban por lóbregos senderos
Con lanza en mano y daga en la cintura.
Iba en tanto subiendo del Oriente
La luna iluminando los palmares,
Los abetos frondosos y olivares,
Los inmóbiles cedros del torrente,
Del Jordan solitario la corriente
Y las olas tranquilas de los mares.
Callaban de pavor los escuderos;
Mas turbaba la paz de aquel retiro,
De cuando en cuando hondísimo suspiro
Y el pausado crugir de los aceros.
Saúl entre los árboles copados
Alzó los ojos lánguidos al cielo,
A ver la luna por la vez postrera,

Despues inmóbil los fijó en el suelo,
Y al fin no pudo ni llorar siquiera.
Del pájaro nocturno al eco triste
Los soldados llenábanse de espanto,
Y tú tambien, ¡oh rey! te estremeciste
Al escuchar su pavoroso canto.
Por fin salieron del camino incierto
Y á la luz de la luna divisaron
La poblacion de Endor en campo abierto.
En una grande y arruinada casa
Que habita una famosa pitonisa
Tristes penetran, y á la luz escasa
Y al suave soplo de medrosa brisa,
Cruzan yerbosos patios en silencio,
Y no lejos un bulto se divisa.
—Oye, buena mujer, dijo el monarca
A la hechicera que salió al encuentro,
Yo sé que puedes desde el hondo centro
De la tierra evocar á los difuntos;
Si obedeces mi voz, tendrás honores,
Y riquezas tambien de gran valía.
—Pero señor, ¿ignoras los rigores
Con que castiga el rey? le respondia.
—Por el Dios de mis padres te aseguro
Que nadie te hará mal, dijo el guerrero,
A esa alta luna ofenderán primero,
Que te ofendan á tí, yo te lo juro.
—¿Y qué alma he de sacar del seno oscuro?
—El alma de Samuel, solo eso quiero.

La pitonisa entonces le conduce
A un solitario altar de su aposento,

Y empieza á preparar su encantamento
Ante una antorcha que funesta luce.
Se desciñe la túnica de lino,
De un pié se quita la sandalia roja,
Y con verde ciprés esparce vino,
Y luego sangre por el aire arroja.
Ora muele mortíferos venenos
Venidos desde Colcos y del Ponto,
Un áspid ora de su seno toma
Y echa áspid y veneno en la redoma,
Y échale agua tambien, agua salobre
Del verdinegro lago de Sodoma.
Mientras esto pasaba, repetia
Ensalmos y palabras misteriosas,
Y su pálido rostro se encendia,
Se agitaban sus labios convulsivos,
Y sus ojos tambien y cabellera,
Y sonaban al viento los olivos,
Y bramaba en el campo la pantera:
Dió la tierra un mugido y espantada
Tembló bajo los piés de la hechicera.
—¡Ay infeliz! gritó la encantadora,
Erizado en la frente su cabello,
Tú eres el rey, señor, me has engañado,
Horrible trasudor cubre mi cuello.
—Nada temas, mujer, dime ¿qué viste?
—Vi un magnate subiendo de la tierra:
Allí está la fantasma que me mira,
Y ya se acerca y su mirar me aterra.
—¿Y cuál es su figura?—Es un anciano
De barba espesa y blanco su cabello,
De manto negro y rostro sobrehumano;